

PERIÓDICO
POLÍTICO, LITERARIO Y NOTICIOSO
Se publica por la
Imprenta de «LA LEY»
CALLE DE LA SIERRA núm. 149

LA LIBERTAD

SUSCRICIÓN

Per un mes 1.60
« 6 meses 5.50
« 1 año 10.60
Número suelto 15

La Redacción se ha trasladado provisoriamente a la
Calle de San Luis, esquina Polonia.

DIRECTOR—PABLO WANSOT

Se puede hablar con el Redactor con perfecta libertad...
si la autoridad lo permite

La Libertad

ROCHA, 16 DE AGOSTO DE 1885.

No dispare de la discusión

Está visto que a «El Imparcial» le ha hecho cosquillas la reflexión que hicimos de que, siempre que se ve apurado en una discusión, apela a la famosa táctica del zorro y se hace el muerto cuando ya no sabe más que decir.

Y tanto efecto le ha causado esta verdad, ó mas bien el convencimiento del público de que eso es cierto, que olvidándose (siempre según costumbre) del objeto primitivo de la discusión, consagra á defenderse de esta acusación su editorial del miércoles.

En otro artículo rebatiremos las generalidades que, á propósito de eso dice el colega, pero ahora, como no nos conviene que se escape por la tangente, lo haremos presente que no era de eso que se trataba, y que apela otra vez al mismo ardid que ya se va poniendo muy viejo y muy conocido.

Do lo que se trataba era de la iniciativa del Jefe Político para organizar una compañía que estableciese una línea de vapores entre Montevideo y La Paloma; así como, para la construcción de muelles y depósitos en el puerto y de las compensaciones del camino que conduce al mismo.

Habíamos hecho constar lo inconveniente de que se hubiese pedido el concurso del vecindario por el presidente de la Junta, empleado de la Jefatura, para que después se organizase, por iniciativa del Jefe político, una compañía á quien directamente aprovecharía tal esfuerzo del vecindario; y agregamos que, si en aquella empresa, entraban á formar capitales del de la iniciativa, sería peor todavía la cosa.

A este contestó el estimado colega que, tratándose de treinta mil pesos, el importe de la comestura del camino (unos trescientos pesos) era una friolera, una «pequeña miseria», una nada que no merecía ser tomada en cuenta; y que, á mayor abundamiento cuando se formase la Compañía de la iniciativa, podría ser que ya estuviese otra vez descompuesto el camino.

Al primero de esos argumentos, contestamos, que los crimenes, ó faltas, ó burradas (vamos... el término se nos escapó) no se miden por el importe que cuestan, sino por la acción en sí.

Pusimos el ejemplo de uno que robase un real á un pobre que no tendría

más y de otro que dejase vacías las cajas del opulento «Banco Londres»; y preguntamos si no sería tan ladrón el uno como el otro.

Trajimos el recuerdo de la parábola bíblica, cantada por el profeta Nathan al rey David á propósito del rico que sacrificó, robándole, la única oveja de un pobre, su vecino, para no matar una de las innumerables reses de su propiedad.

Y tal recuerdo venía á echar completamente por tierra el raciocinio del colega, mostrando que, hace miles de años, ya habrían sido condenados hechos de esta clase.

Y entonces hicimos notar la torpeza de quien alega semejantes circunstancias atenuantes, en lugar de discutir el fondo de la cuestión, haciendo constar que semejante proceder importaba reconocimiento tácito de que teníamos razón é impotencia para destruir lo que habíamos afirmado.

Pues á esto, por el crédito mismo y por la defensa de los intereses á su cargo, debía dar una contestación «El Imparcial», y si no lo hizo es porque no pudo, reconociendo con ello implícitamente, que estábamos nosotros en lo verdadero.

Nos complacemos en hacerlo constar y en agregar que, al disparar del terreno del combate, buscando camorra por otro lado, ha agravado todavía su derrota, porque el más ciego comprende que lo que busca es hacer olvidar el motivo primitivo de la discusión.

¿Cuándo lo decimos, amigo, que sus recursos son ya muy conocidos...!

Otra faz de la cuestión

Ahora que hemos llamado al orden al eterno disparador que tenemos en frente, vamos á seguirlo al nuevo terreno que él ha elegido, pensando sin duda que en él lo irá mejor, aunque, si se ve mal, apela otra vez al recurso sempiterno.

Y vamos á contestar, punto por punto á todo lo que dice «El Imparcial» en el editorial titulado «bueyes perdidos».

Y empezamos:
Primero—El jaleo que hace el colega á propósito del título del artículo, al que hace que contesta, no tiene lugar; porque parece aplicar al artículo mismo lo que nosotros habíamos puesto refiriéndonos á los argumentos del contrario.

Los grandes disparates y las pequeñas miserias, compañero, están en lo que Vd. dijo, no en lo que escribimos. No facciamo confusione.

francos.

—¡Eso es robar! exclamó el judío.

Pero no pudo continuar porque la vigorosa mano de Ben Zuf le apretó en aquel momento la garganta.

—Déjale, Ben Zuf, dijo el capitán Servadac, déjale. Va á ejecutarse por sí mismo.

—¡Jamás... jamás!

—¿Qué interés quiere usted, maese Isaac por prestarnos esos doscientos treinta francos?

—¿Un préstamo? ¿no se trata mas que de un préstamo? exclamó Isaac Hakhabut animándose de alegría por un instante.

—Sí, de un simple préstamo. ¿Qué interés exige usted?

—Ah, señor gobernador general, respondió con voz melosa el judío, el dinero es muy difícil de ganar, y sobre todo es muy raro hoy en Galia.

Si usásemos el mismo procedimiento que Vd. empleó en esta ocasión, podríamos decir que el epígrafe «bueyes perdidos», que Vd., sin duda, quería aplicar á lo que habíamos dicho, le cae perfectamente á su artículo, puesto que en él trata de otra cosa que el objeto de la discusión.

También haríamos una aplicación de las pequeñas miserias del otro día á los que dictan defensas insensatas quizás por el afán de conservar 10 suscripciones mensuales, amén de los trabajos, y mil otras cosas.

Pero despreciamos estos ardides y nos limitamos á hacer constar que muy pobre de argumentos debe encontrarse el contrario, puesto que tiene que valerse de ellos.

Segundo: Respecto á lo que dice el colega de que «es una cosa común de los que tienen poco ó ningún motivo para atribuirse victorias en las discusiones con sus adversarios, armarlelos etc.», le podemos contestar á quien dice esto: lo tuyo me cuentas.

Nosotros no afirmamos nunca una cosa que no esté en la conciencia pública y la del modo de discutir de «El Imparcial» ya se ha hecho algo más que notoria.

En cuanto al poco crédito que dice el colega que tenemos en la opinión, solo responderemos lo siguiente:

Miren, señores, que hay dos órganos de publicidad en Rocha, cada uno de los cuales cuenta diferentes medios de vida.

Pero ya que «El Imparcial» alardea marchar con la opinión, hágase una prueba.

Procediendo de los trabajos oficiales que son lo más claro de su beneplácito y de los suscritores de reparticiones de la administración, dé á conocer el colega la lista de sus favorecedores y prometemos publicar también la nuestra.

Es el medio más seguro de ver quién tiene más crédito entre el pueblo, y ya lo hemos propuesto varias veces.

Vamos á ver si ahora el contrario lo acepta.

Pero si no quiere que se deje de una vez de embromar de tiempo en tiempo con semejante pampolina.

Tercero—La teoría que para excusar su silencio, alega el contrario, puede ser ingeniosa; pero carece de fundamento.

En efecto, un par de artículos pueden bastar para ilustrar ciertas cuestiones cuando no se alega nada en contrario de las teorías emitidas.

Pero cuando sucede á la inversa, es diferente.

—Basta de estúpidas observaciones. ¿Qué pide usted? repuso Héctor Servadac.

Pues bien, señor gobernador, añadió Isaac Hakhabut, me parece que diez francos de interés....

¿Por día?

—Sin duda... por día.

El judío no había acabado su frase, cuando el conde Timascheff arrojó sobre la mesa algunos rublos en billetes y el judío se puso á contarlos con notable prontitud. Aunque no era sino papel, aquella garantía debía satisfacer al más rapaz de los hijos de Judá.

Las monedas francesas reclamadas por el profesor le fueron inmediatamente entregadas, y Palmirano Roseta se las guardó en el bolsillo con evidente satisfacción.

En cuanto al judío, acababa de colocar sus fondos á más de mil ochocientos por ciento; y evidentemente si

Cuando se lo dice á uno: Vd. se equivocó, ó algo más, en esto ó en aquello; ese individuo tiene que probar que es así como él dice y no como afirma su contradictor.

Si no lo hace, por su silencio mismo, reconoce la razón que asiste á su adversario y su propia impotencia.

Reconoce la falsedad de las teorías que defiende.

Confiesa su derrota y para disimularla se cae la.

Y eso, y nada más que eso, es lo que hace «El Imparcial» á cada momento.

En cuanto á la teoría de que poca confianza se puede tener en la influencia de la palabra y del raciocinio para convencer cuando los contrarios están prevenidos ó juzgan con criterios influidos por interés ó pasiones distintas, no pasa de un sofista hecho y derecho.

¡Qué lástima de erudición la del colega, hablando de Macaulay y de Castelar, el primero de los cuales, convenció una vez á sus adversarios y el otro parece que nunca!

¡Si se habrá visto cosa mas endemoniada!

Si quisiéramos imitar al colega, añadiríamos, como ejemplos en contrario:

El de Esquines, proscrito por causa del discurso de Demóstenes titulado: «Sobre la corona» y que lo leía á sus discípulos en Syracusas como modelo de elocuencia.

El de Catilina, reducido al silencio de la impotencia por el «quousque tandem» de Cicerón que lo desenmascara en medio del Senado Romano.

El de Escipión el Africano cambiando en un triunfo inaudito con pocas palabras, la ruina que le preparaba la plebe romana con una acusación de concusión cierta vez que, en lugar de rendir cuentas, exclamó:

«Silencio aquellos que ni son hijos de la Italia, aquellos que este brazo mismo trajo encadenados á Roma. Lo único que juro es que le salvado la Patria».

Seguiríamos con el profeta Elías imponiendo al rey Achab, y Daniel á Balthasar y el gran sacerdote de los Judíos cambiando en benevolencia la ira de Alejandro que venía á destruir á Jerusalén.

Hablaríamos del legendario discurso «Sobre la bancarrota» de Mirabeau etc., etc.

Y tendríamos para llenar tres periódicos como esto.

Pero preferimos hacerlo observar al colega que, si la tarea del orador y del periodista, se limita á predicar á

continuaba prestando á este interés la fortuna más rápidamente en Galia que hubiera podido hacerla en la tierra.

Pocos instantes después el capitán Servadac y sus compañeros salieron de la urca, y Palmirano Roseta exclamó:

—Señores, son doscientos treinta francos lo que llevo, sinó el material para hacer exactamente un kilogramo y un metro.

CAPÍTULO VIII

EN EL CUAL EL PROFESOR Y SUS DISCÍPULOS JUEGAN CON BILLORES, TRILLONES, Y MILES DE MILLONES

Un cuarto de hora después los visitantes de la «Hansaa» estaban reunidos en la sala común, y las palabras pronunciadas por el profesor iban á recibir su explicación.

convertidos, su misión sería completamente inútil.

Pero no es así felizmente. En las discusiones no es precisamente el adversario que se quiere convencer, aunque eso suceda á veces, cuando no es de mala fé.

Lo que se procura sobre todo es ganar la opinión del público que se echaba á quien lee.

«El Imparcial» sabe perfectamente que ese público lee lo que escribimos y lo que escriben sus redactores; y que cuando de repente y en medio de una discusión, ve enmudecer á uno de los contrarios, (el efecto) producido no es muy favorable que digamos al que apela á la táctica del zorro.

Y como sabe esto, ha procurado atenuar esta mala impresión alegando antes el desprecio y ahora la pampolina que desarmó el miércoles.

Felizmente hemos conocido el juego y esa clase de habilidades no puede producir efecto sino cuando no las han descubiertas.

Ha de buscar otra, pues, «El Imparcial»; porque, lo que es esa, ya es fallata.

¡Paciencia y barajar, amigo!

Sobre el Hospital de Caridad

Días pasados en un Suelto de Redacción de «El Imparcial», hacíanse cargos á la Comisión de Hospital, por que no imprimiera el movimiento debido al asunto—desde que existían fondos más que suficientes para dar principio á la obra.

Averiguando nosotros lo que hubiera de cierto al respecto, hemos venido en conocimiento de los hechos que á continuación expresaremos; los cuales desvirtúan en un todo las recriminaciones del colega.

En efecto: la Comisión de Hospital no ha pecado por abandono y lentitud en el desempeño de su cometido.

Si aparentemente hay estacionamiento en la pronta consecución del fin propuesto, ello depende de que se tienen en cuenta circunstancias favorables para la mejor realización de la obra.

Ocurra, pues, lo siguiente: cuando la Comisión de Hospital trató de buscar un terreno apropiado para fundar el edificio, creyó encontrar el más aparente en uno de los que pertenecen á la sucesión Zafar.

Entró luego en arreglos con uno de los herederos; y el dos de Junio del corriente año, se formó un compromiso de venta; por el cual se adquirió para la J. E. A. una fracción de terreno cuya área es de una CUADRA CUADRA, bir su explicación.

Por orden de Roseta, Ben Zuf había quitado de la mesa varios objetos que en ella había para dejarla despejada. Sobre aquella mesa se pusieron las monedas de plata tomadas al judío Hakhabut según su valor; primero dos pilas de veinte monedas de de á 5 francos, después una pila de diez monedas de 10 francos, y luego otra de veinte monedas de cincuenta céntimos.

Esta frase del exordio era un poco larga, como la suele hacer todo orador seguro de sí mismo y del efecto que va á producir en sus oyentes.

Ni el capitán Servadac, ni el conde Timascheff, ni el teniente Procopio contestaron á la singular reconvencción que les dirigía Palmirano Roseta. Estaban ya acostumbrados á sus modales.

FOLLETON

Hector Servadac

Aventuras y Viajes
POR EL MUNDO SOLAR

por
JULIO VERNE

—¿Lo tiene el dinero por ventura? respondió finalmente el conde Timascheff.

—Maese Isaac, dijo entonces el capitán Servadac, las geremiadas de usted me han cejido hasta ahora de buen humor; pero créame usted, no abuse por mucho tiempo de mi paciencia. Da buena ó de mala gana va usted á darnos ahora esos doscientos treinta

